

RUBEN DARIO EN MALLORCA

POR

ENRIQUE MACAYA LAHMANN.

La celebración del centenario de Rubén Darío —aprovechando tan importante acontecimiento— debió de provocar la tentativa o el ensayo de buscar para su poesía una situación de norma o de estimativa, si no absoluta, al menos aproximadamente válida; una situación que fuera «unitaria» y que pudiera ya trascender todos los cambios, dudas, errores o temporalidad de su creación poética.

Comprendemos que es pedir un poco lo «absoluto», pero es pedir también lo necesario, que es ser, además, un tanto radical; sin embargo, es la manera más auténtica actualmente de llegar a Rubén Darío, al medio siglo de su muerte, cuando la silueta unitaria de su obra poética logra ya el contorno definitivo de lo clásico y de lo permanente.

Pero parece que la celebración del centenario —aquí y allá, «todo bella cosecha»— se nos ha ido, con frecuencia, por otro camino, habiendo motivado una verdadera disección que trata de revelar todo lo que pudiera existir de relativo y de temporal en la obra del poeta.

Tal actitud puede justificarse sin dificultad y es también útil, como es siempre útil todo juicio libre y serio de investigación literaria. No obstante —y este «no obstante» merece especial consideración—, estimamos que la contraparte que busca esa síntesis «unitaria» de signo y valor en la obra de Rubén Darío es también necesaria.

En esto de tratar de encontrar un concepto unitario para Rubén Darío, quizá quien se ha aproximado más a lo deseable es nuestro presidente del Instituto Costarricense de Cultura Hispánica, don José Marín Cañas, al afirmar, en una conferencia, que Rubén Darío «es el poeta de una cultura».

Bien comprendemos que estamos tomando el riesgo de entrar en una contradicción tremenda al pretender dar un significado unitario a la obra de Rubén Darío, particularmente ahora, cuando la crítica más reciente y avanzada trata de encontrar —con verdadero acierto— una relación o ajuste circunstancial, sorprendentemente sutil y repetido, entre la vida y la obra, afirmando, como consecuencia, un nuevo sentido vital de su poesía.

De esta manera podemos llegar a un conflicto muy desconcertante:

de un lado, es necesario —y quizá hasta indispensable— obtener para la obra de Rubén Darío un concepto de unidad clásica a que le da derecho su tránsito de prueba, ya a cincuenta años desde su muerte; del otro lado, lo circunstancial —y hasta lo anecdótico— nos lleva de inmediato, al juntar vida y obra, hacia una fecunda renovación en la interpretación en su poesía.

Es posible que podamos acercar ambas perspectivas; acumular y recibir, como oportuna, toda información anecdótica o circunstancial que coloque la intimidad de la vida del poeta lo más cerca posible de su obra. Estamos ya llegando, por este camino, a revelaciones insospechadas: poesías que antes creíamos abstraídas dentro de una concepción puramente literaria nos han venido a revelar su origen al margen de un pequeño o gran episodio de la constante peregrinación del poeta por tierras de América y de Europa.

Es ya el camino necesario e indispensable de la especialización en el estudio de la obra y de la vida de Rubén Darío; especialización que no debe temer ni aun una extremada sutilidad; especialización que explicará la pretendida temporalidad de algunos momentos en la obra, pero que al mismo tiempo logrará despejar su gran conjunto para llevarnos directamente a ese concepto de «unidad» y de síntesis para la poética de Rubén Darío, que ya comienza a faltarnos.

Todo esto implica el estudio de una vida y de una obra que necesariamente irán juntas, con todo el cúmulo de circunstancias, y dentro de la gradual evolución de un estilo y de un pensamiento. Así, la aparente contradicción entre circunstancia y unidad tendrá que desaparecer.

La importancia —histórica, actual, futura— que ha adquirido la obra de Rubén Darío ha impuesto estos estudios especializados, minuciosos y lentos. Pero justamente por esto mismo me veo yo en un verdadero conflicto. ¿Es que acaso el tema que me he impuesto, es decir, «Rubén Darío en Mallorca», soporta esta especialización? Todo tiene sus propios límites. ¿Y no estaremos ahora traspasando esos límites? Corro, pues, el riesgo de defraudar, forzando una situación difícil. El tema, sin embargo, me parece relativamente nuevo, y por ello —quizá únicamente por ello— he decidido aventurarme a exponerlo.

Las dos épocas de Mallorca en Rubén Darío fueron de capital importancia. Pero cabría también preguntar: ¿cómo podemos atribuirles tanta importancia, si tan sólo duran, cada una de ellas, unos pocos días?

Podemos mencionar en Rubén Darío amplios períodos en su obra: las épocas de Francia, de España, de Chile y de Argentina, por ejemplo; pero lo de Mallorca parece tan reducido, que los mismos bió-

grafos más notables lo resumen en pocas páginas o —lo que es peor todavía— en algunas pocas líneas.

Sin embargo, ya se va haciendo necesario ser radical a este respecto: lo de Mallorca en Rubén Darío es fundamental. Son muy limitados los días de su permanencia en la isla, y, no obstante esto, representan una producción poética abundante y de gran trascendencia.

¿Por qué esta intensidad de su poesía en un período tan corto? He aquí una pregunta atrayente. ¿A qué se debe esta urgencia —o esta angustia, podríamos, tal vez, decir mejor— de producir constante e intensamente durante tan pocos días, cuando, al parecer, los deseos del poeta, al refugiarse en Mallorca, eran los de descansar y restablecer su salud, un tanto quebrantada?

Parece que, al menos esta vez, la vida le traiciona un poco, o bien que la vida se le acerca tan íntimamente a su obra, que la una y la otra logran una unidad perfecta, inevitable y fatal. Traición o lealtad de la vida, como ustedes quieran juzgarlo, ya que ambas cosas, a fin de cuentas, nos dan un mismo residuo de profunda intimidad poética en estos momentos de la existencia de Rubén Darío.

Me propongo dividir este trabajo de la siguiente manera: inicialmente, una introducción general de los antecedentes que determinan en Rubén Darío su decisión de viajar a Mallorca. Creo que los antecedentes no corresponden a la actitud, diferente, que luego tomará al llegar a la isla. Ya lo he dicho antes: los deseos de descanso y de recuperación se transforman, de manera violenta, en una actividad casi febril, de estudio y de producción literaria.

Luego, en una segunda parte, trataré de analizar las principales características literarias de los dos períodos de Mallorca. Es indudable que Rubén Darío toma entonces una nueva orientación. Fue un cambio violento que debemos explicarnos por una influencia definitiva de lo exterior —vida y paisaje— del ambiente de la isla. Podríamos referirnos aquí a una «ecología» poética, es decir, a una gestación literaria surgida —en modo casi inmediato— del medio ambiente circundante:

Primero. La obra se vuelve fundamentalmente descriptiva; el paisaje y lo circunstancial de la vida en Mallorca ocuparán un lugar dominante —aunque no absoluto— en la producción literaria de entonces.

Segundo. El poeta logra —como no había quizá sentido jamás antes en toda su plenitud— la afirmación latina de su poesía. Se revela así la raíz profunda de su latinidad como poeta de una cultura. Ampliando el concepto, podríamos decir que esto equivale, en cierta manera, a una prolongación de su hispanidad.

Tercero. Lo hispano, lo latino, nos llevará hacia un concepto de unidad mística, como resolución final de una poesía absoluta; es decir, la poesía absoluta de su gran poema «La Cartuja», escrito durante su segundo y último viaje a Mallorca.

Podríamos establecer un avance gradual—aunque tan apretado que casi es simultáneo—en estas tres actitudes: se inicia con la visión de la nitidez subjetiva del paisaje de Mallorca; luego esta visión—histórica, podríamos decir: velas latinas, pinos de litoral, olivos centenarios y un profundo y dilatado mar azul—aportará una honda sensación mediterránea de latinidad; finalmente, reduciendo y unificando estas sensaciones iniciales, el poeta sentirá el agobio total de la vida como un presentimiento de la muerte.

Mallorca representa, pues, para Rubén Darío, un símbolo místico de paisaje, de afirmación latina y, en todo y por todo, de fe en el misterio del ser y de la vida.

Ya en el momento mismo de mirar hacia Palma, cuando el vaporcito que le lleva a la isla comienza a entrar en la bahía, o cuando contempla la ciudad desde lo alto de la colina en que está la pequeña casa casi rural en que habita, siente este hechizo místico del litoral mallorquín. Así nos lo revela en un corto poema titulado «Vesper», escrito tan pronto llega a Mallorca:

*Quietud, quietud... Ya la ciudad de oro
ha entrado en el misterio de la tarde.
La catedral es un gran relicario.
La bahía unifica sus cristales
en un azul de arcaicas mayúsculas
de los antifonarios y misales.
Las barcas pescadoras estilizan
el blancor de sus velas triangulares,
y, como un eco que dijera: «Ulises»,
junta aliento de flores y de sales.*

El poema es corto, pero intenso; revela ya ese índice de desplazamiento poético en la manera que acabo de indicar.

Ante todo, revela el reposo de alma y cuerpo que espera Mallorca pueda brindarle y que, desgraciadamente, no logrará conseguir:

Quietud, quietud...

Pero la quietud ya no vendrá nunca jamás; sus nervios están «en guerra», como nos lo dice en su «Epístola a la señora de Leopoldo Lugones», terminada de escribir justamente a su llegada a Mallorca.

Luego, la intuición de la sensación íntima del paisaje, ya sea el paisaje rural o urbano; pero hay algo más curioso todavía, y es la apresurada unificación del paisaje con la evocación mística:

La catedral es un gran relicario.

Y la bahía—en una magnífica imagen vespéral—,

...unifica sus cristales...,

para retornar al mismo tema, una vez más, en forma de asociación mística de relaciones poéticas:

*en un azul de arcaicas mayúsculas
de los antifonarios y misales.*

Pero la visión se desborda para ir un poco más lejos, dilatada desde el litoral de Mallorca hacia un horizonte de antigüedad:

*Las barcas pescadoras estilizan
el blancor de sus velas triangulares...;*

velas triangulares, es decir, la clásica vela latina de la poesía aventurera de las leyendas mediterráneas.

Finalmente, se nos ofrece la plena dilatación de lo latino hacia la madre Grecia en un nombre homérico, juntando las dos sensaciones—las flores y las sales—más reveladoras y sutiles de nuestro mundo antiguo:

*y, como un eco que dijera: «Ulises»,
junta aliento de flores y de sales.*

Es así como en este poema tan corto, pero sutilmente construido, dentro de una estilización perfecta de síntesis y de unidad, ya nos ofrece Rubén Darío, tan pronto llega a Mallorca, la gran intuición y voluntad de cumplimiento de su período renovador—paisaje íntimamente descriptivo, afirmación latina y redención mística—de sus dos viajes a Mallorca.

Volvamos a nuestro tema y veamos ahora todas estas cosas con un poco más de detalle y siguiendo el plan que ya me impuse.

¿Qué determina en Rubén Darío su decisión de estos dos viajes a Mallorca? No son aún las islas Baleares por estos tiempos la codicia migratoria que hoy día tienen para el resto de Europa. Ya George Sand, sin embargo, había previsto medio siglo antes—en su ingrato y amable libro, a la vez, sobre su temporada de un invierno en Mallorca—las grandes posibilidades turísticas de la isla.